

De la utopía rural al aburguesamiento urbano

El convento agustino y la sociedad novohispana (1533-1630), de Antonio García Rubial, Instituto de Investigaciones Históricas, Historia Novohispana, núm. 34, UNAM, México, 1989, 345 pp.

La primera luz de la mañana es un color naranja que apenas se abre paso entre la niebla; el sudor se convierte en un abrazo pegajoso y frío que entorpece los movimientos. Canta un gallo. Fray Antonio de Roa deja por un momento de acomodar piedras y se sienta en una de ellas.

“¿Por qué será que los gallos cantan más en la Nueva España?”, se pregunta el fraile, y casi de inmediato vuelve a su trabajo.

Quiero imaginarme así a este fraile Roa, feroz, iluminado, incansable, evangelizador casi solitario y contra viento y marea, en el momento en que edifica con su solo trabajo la pequeña ermita de Molango —porque dicen que emprendió la tarea solo.

Aquí, aquí nada de maitines, nada de adormilarse rezando en el coro alto al calor de los obesos cuerpos de otros frailes. Aquí no hay más regla que Molango, santuario del dios Mola, pagano hasta decir basta, pagano hasta la Huasteca, o más lejos si fuera posible.

Roa predica desde un peñasco al borde de una barranca, y mientras mira la herida que se ha hecho en la mano izquierda, recuerda a los primeros apóstoles; luego se avergüenza de su soberbia y sigue trabajando.

Todo esto ocurre, si ustedes se fijan, en el extremo izquierdo de la gráfica insertada entre las páginas 280 y 281 del libro *El convento agustino y la sociedad novohispana...* En el extremo derecho de la misma gráfica, pero sobre todo en la gráfica C, aparecen otros agustinos que podrían apellidarse Aragón o Sicardo: bien se puede apreciar que uno de ellos se guarda en el saco la limosna, mientras que otro soborna a varios priores para que lo favorezcan en cierto pleito que tiene casado con el arzobispo y el virrey.

Entre las cuestiones que se desentrañan en este libro, la que más me llama la atención es el acelerado proceso de corrupción que vive la orden agustina en la Nueva España. Es sorprendente tanto lo rápido como lo radical del proceso; al punto que uno se pregunta si los agustinos de 1630 tendrían tiempo de curar almas, enfrascados como estaban en conflictos políticos, disputas internas y hasta pleitos callejeros.

Creo que, entre otras cosas, esta investigación revela los ejes sobre los que se da el desplazamiento de la orden agustina a lo largo de un siglo: de la utopía rural al aburguesamiento urbano, del ideal misionero al relajamiento de la norma, del juego democrático de los prioratos en capítulo a la férrea dictadura provincial.

En el libro se alude a varias causas de este proceso, y se cita, por cierto, la carta de un agustino

peninsular para quien el relajamiento se explica por “haber entrado a ser preladados muchos criollos que están reputados por de menos brío”.

Y aquí aparece el segundo problema que me interesa comentar, y sobre el cual creo que el libro ofrece conclusiones importantes: es el proceso de criollización. Que había relajamiento parece innegable, pero es claro también que el pasaje de la carta expresa el conflicto que tenía enfrentados a criollos y peninsulares dentro de la orden, y finalmente a la orden —con mayoría criolla— y las autoridades españolas.

En las instituciones se reproducen siempre los conflictos de la sociedad mayor, pero además, con frecuencia, en las instituciones estos conflictos se manifiestan de manera intensa. Sería ingenuo enfocar la pugna entre frailes criollos y peninsulares como un problema de los agustinos. El análisis que hace Rubial demuestra cómo la composición interna de la orden va marcando la fuerza del conflicto; pero también queda claro que la disputa guarda fuertes lazos con la sociedad novohispana; que el criollismo, por ejemplo, no es resultado tan sólo de una actitud de conciencia o algún vago amor a la tierra, sino de los vínculos existentes entre los frailes criollos y las capas dominantes de la sociedad novohispana. En efecto, el enfrentamiento entre la provincia agustina de la Nueva España y la metrópoli se revela también como la parte de una confrontación más amplia entre el interés de clases novohispanas y el interés peninsular.

Un último asunto. A lo largo de toda la obra se va completando el cuadro de las relaciones que el convento como conjunto de evangelización guarda con su entorno social, a la vez que se precisa su funcionamiento interno y su estructura. La exposición de ambas cuestiones me parece especialmente clara; de hecho creo que tiene las cualidades didácticas de orden y sencillez que han vuelto célebres los cursos de Antonio Rubial en la Facultad de Filosofía y Letras. Lo que quiero decir es que si yo fuera maestro de historia colonial y tuviera que marcar la bibliografía básica para el tema de evangelización, incluiría el libro *El convento agustino y la sociedad novohispana...*

Se me quedan en la mesa muchas notas sobre aspectos sumamente interesantes del libro que sería muy largo comentar ahora;



notas acerca del peso del convento en las economías locales a través de su movilización de fuerza de trabajo, su explotación de canteras, molinos, haciendas y obrajes o su función como institución de crédito; acerca de la paradoja de una orden arrogante de sus estudios y preparación que con frecuencia carece de los intérpretes necesarios para comprender las lenguas indígenas; acerca del abuso sobre las comunidades rurales, el conflicto y paliativos como el Definitorio de Acolman. Y pienso también en las anécdotas que salpican el libro: por ejemplo, aquel pleito de Tazazalca, cuando el párroco visitador les quemó a los agustinos la casa y la capilla, llevándose luego al prior como prisionero... O bien, el caso de las dificultades para levantar en Zoquipan la pesada estructura de un convento. Se me ocurre que un nahuatlato habría podido advertir a los frailes que Zoquipan significa lugar lodoso, y les habría ahorrado muchas molestias.

Me resta agradecer a Antonio Rubial que nos haya llevado, a mí y a mis alumnos, a través de la niebla, a conocer esa ermita que levantó Roa; también le agradezco otras muchas ideas sobre agustinos y conventos que le he escuchado o leído.

El convento agustino y la sociedad novohispana (1533-1630) se distingue porque tiene, detrás una investigación profunda, inteligente, porque ofrece muchas respuestas y plantea muchos problemas que otros resolverán, porque es un libro rico y completo; pero también, en virtud de lo lentos que suelen ser los procesos editoriales, éste es un libro que se distingue, como el ron Bacardí, por su largo añejamiento: y lo sé porque ya hice la prueba: puse el libro al sol, lo aireé, lo sometí a una luz intensa y después de todo esto no había perdido el buqué. ■

Pablo Escalante



¿Dios en América Latina?

La idea de Dios en la sociedad de los hombres / La religión: expresión histórica, radicalidad filosófica, pauta de creación social, de Sergio Bagú, Siglo XXI Editores, México, 1983, 173 pp.

Hay que interrogarse: ¿qué habrá ocurrido o estará ocurriendo en Nuestra América para que un autor clásico de historia social y económica —admirado por sus méritos— se dedicara a trabajar un tema como la idea de Dios? Se me acotará inmediatamente: es la idea de Dios, pero como impulsora y ordenadora de creación y productividad en el seno de la sociedad de los hombres. Se trata —*feuerbachianamente*— del Dios que los hombres se construyen a su medida. Habría disculpas —replicaría en suma esta objeción— para que el historiador de la sociedad y de la economía se preocupe y ocupe con estos temas.

Sin embargo, hay algo más que cabe anotar. La vivencia de la religión con la trascendencia, la experiencia *historizada* de la fe, está produciendo modificaciones profundas en la cotidianidad latinoamericana, en las diversas actividades culturales y en la práctica política. No ignorar estos fenómenos complejos es cuestión de sensibilidad del cientista social, y si los ignora, peor para él. La historia —que está llamado a describir, interpretar, examinar, comprender, explicar o transformar— pasará a su lado con gran indiferencia (parafraseando la canción e invirtiendo su propósito...) Don Sergio Bagú ha elaborado cuidadosamente su respuesta, su modo de abordar estos desafíos teóricos y prácticos de la hora.

La idea de Dios en la sociedad de los hombres... es un libro que tiene, entre otros, el mérito de sin-

tetizar en breves y concisas páginas una cantidad de enfoques y problemas sumamente difíciles de abarcar y condensar. Es un texto que yo ubicaría en la perspectiva disciplinaria de la sociología de la religión. El análisis histórico está enmarcado en el tiempo largo, en los periodos de larga duración, pero en un análisis determinado por la incidencia de lo religioso en lo social y —en una cierta reciprocidad— por la relativa determinación de lo religioso por lo social. El texto procura construir una interpretación acerca del modo como explica la realidad la idea religiosa. Dedicado el libro a la idea de Dios, constituye, sin embargo, un alegato en favor de la creatividad humana. Es el hombre —social, por cierto— el que destaca en sus capacidades imaginativas, intelectuales y transformativas. Es una reflexión que no quiere escapar a la historia humana, aun cuando se efectúa sobre aquello que los mismos humanos han procurado colocar en un más allá, no por ello menos activo en el más acá. Sin embargo, el supuesto es que la dicotomía misma es una metáfora. Por aquí, el enfoque in-crédulo de Bagú viene a coincidir con el principal supuesto de los teólogos de la liberación, los cuales obviamente tienen fe: la *unicidad* del proceso histórico.

En la intensidad —que no sólo simple sucesión— de su desarrollo, el proceso histórico se *complejiza*. Según Bagú, el monoteísmo constituye un momento culminante, un “producto cultural refinado”, que lleva la idea de la divinidad única a la creación social. Un apoyo fuerte para esta tesis es el alto grado de abstracción y síntesis que exige la utilización —como se trata de un instrumento cultural— de la idea de la divinidad. Las valoraciones que la tesis incluye suponen un cierto teleologismo muy matizado y quizá polivalente, el cual —a su vez— no parece demasiado ajeno a la visión progresiva y ciertamente acumulativa del desarrollo histórico humano.

Como todos los estudios que tocan puntos neurálgicos, éste tiene la virtud de suscitar numerosos interrogantes. Permítaseme enunciar aquí algunos de los que más me acucian luego de la lectura.

1. Esta idea tiene historia. Se puede datar su génesis. No es *natural*, sino fruto histórico-cultu-

Texto leído en el acto de presentación de la obra.